

La presencia de la Iglesia

11 de Febrero: Jornada del Enfermo Un invento genial

El Santo Padre, Juan Pablo II, instituyó la Jornada del Enfermo en 1992 y desde entonces ha dirigido un mensaje cada año, en ocasión de este día. Reportamos unos extractos de estos mensajes.

El porqué de esta Jornada

La comunidad cristiana ha dirigido siempre una atención particular a los enfermos y al mundo del sufrimiento en sus múltiples manifestaciones. En el surco de tan larga tradición, la Iglesia universal se prepara para celebrar, con espíritu de servicio renovado, la *Jornada mundial del enfermo*, en cuanto ocasión peculiar para crecer en la actitud de *escucha*, de *reflexión* y de *compromiso real* ante el gran misterio del dolor y de la enfermedad. Esta Jornada se celebrará en la conmemoración de Santa María, Virgen de Lourdes, y quiere ser, para todos los creyentes, "un momento fuerte de oración, participación y ofrecimiento del sufrimiento para el bien de la Iglesia, así como de invitación a todos para que reconozcan, en el rostro del hermano enfermo, el santo rostro de Cristo que, sufriendo, muriendo y resucitando, realizó la salvación de la humanidad" (*Carta por la que se instituía la Jornada mundial del enfermo*, 13 mayo 1992, n. 3).

La Jornada, además, pretende implicar a *todos los hombres de buena voluntad*, pues las preguntas de fondo que se plantean ante la realidad del sufrimiento y la llamada a aportar alivio, tanto desde el punto de vista físico como espiritual, a quien está enfermo, no afectan solamente a los creyentes sino que interpelan a toda la humanidad, marcada con los límites de la condición mortal. (1993)

Para la comunidad cristiana

Con ocasión de esta *Jornada Mundial del Enfermo* deseo animar a la Comunidad eclesial a renovar el compromiso para transformar la sociedad humana en una "*casa de esperanza*", en colaboración con los creyentes y los hombres de buena voluntad.

Este compromiso requiere que la *Comunidad eclesial* viva la comunión: sólo donde los hombres y las mujeres, mediante la escucha de la Palabra, la oración y la celebración de los sacramentos, se vuelven "un corazón y un sola alma", se desarrolla la solidaridad fraterna y se progresa compartiendo los bienes, y se cumple lo que san Pablo recuerda a los cristianos de Corinto: "Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él" (1Co 12, 26). (1997).

Para la sociedad civil

Extiendo complacido este llamamiento a los responsables civiles en todos los niveles para que, en la atención y el compromiso de la Iglesia a favor del mundo del sufrimiento, vean una ocasión de diálogo, encuentro y colaboración, a fin de construir una civilización que, impulsada por la solicitud hacia el que sufre, avance cada vez más por el camino de la justicia, la libertad, el amor y la paz. Sin justicia el mundo no conocerá la paz; sin la paz el sufrimiento crecerá de forma ilimitada. (1996).

El sufrimiento humano nos cuestiona

Ninguna pregunta se eleva con mayor intensidad desde los corazones humanos como la de la sanidad y de la salud. Así pues, no ha de sorprendernos que la solidaridad humana, en todos los niveles, pueda y deba desarrollarse con urgencia prioritaria en el ámbito de la sanidad. Por consiguiente, es urgente «realizar un estudio serio y profundo sobre la organización de los servicios de asistencia sanitaria en las instituciones, con la preocupación de hacer que se transformen en lugares de un testimonio cada vez mayor del amor a los hombres». (1998).

La visión cristiana del hombre

Al acercarse a los enfermos y a los que sufren, la Iglesia se guía por una visión precisa y completa de la persona humana creada a imagen de Dios y dotada de la dignidad y los derechos humanos inalienables que Dios le dio. En consecuencia, la Iglesia insiste en el principio, según el cual, no todo lo que es técnicamente posible es lícito moralmente. Los enormes progresos y avances de la ciencia médica, en tiempos recientes, nos dan a todos una gran responsabilidad con respecto al don divino de la vida, que sigue siendo un don en todas sus fases y condiciones. Debemos vigilar para impedir cualquier posible violación y supresión de la vida. "Somos los custodios de la vida, no sus propietarios... Desde su concepción, la vida humana implica la acción creadora de Dios y mantiene siempre un vínculo especial con el Creador, fuente de la vida y su único fin". (2002).

A los enfermos

¡Queridos hermanos y hermanas, que sufren en el espíritu y en el cuerpo! No cedan ante la tentación de considerar el dolor como experiencia únicamente negativa, hasta el punto de dudar de la bondad de Dios. Cada enfermo encuentra en el Cristo sufriente el significado de sus padecimientos. El sufrimiento y la enfermedad pertenecen a la condición del hombre, criatura frágil y limitada, marcada desde el inicio por el pecado original. Sin embargo, en Cristo muerto y resucitado la humanidad descubre una nueva dimensión de su sufrimiento: en vez de ser una derrota, el sufrimiento se manifiesta como ocasión propicia para ofrecer un testimonio de fe y de amor. (1997).

Amados enfermos, sepan encontrar en el amor "el sentido salvífico de su dolor y las respuestas válidas a todas sus interrogantes" (Carta Ap. *Salvifici doloris*, n. 31). Su misión

es de altísimo valor tanto para la Iglesia como para la sociedad. "Ustedes que llevan el peso del sufrimiento están en los primeros puestos que corresponden a los que ama el Señor. Del mismo modo como hizo con todos los que Él encontró en los caminos de la Palestina, Jesús os ha dirigido una mirada llena de ternura; su amor nunca disminuirá" (*Discurso a los enfermos...*). Sean testigos generosos de este amor privilegiado a través del don de su sufrimiento, de grande alcance para la salvación del género humano. (1997)

A los profesionistas y voluntarios

Me dirijo ahora a ustedes médicos, enfermeros, miembros de asociaciones y grupos de voluntariado, que están al servicio de los enfermos. Su obra será auténtico testimonio y acción concreta de paz, si están dispuestos a ofrecer amor verdadero a aquellos con quienes están en contacto y si, como creyentes, saben descubrir en ellos la presencia de Cristo.

Al mismo tiempo que expreso mi alta estima por todo cuanto hacen con abnegación y entrega generosa, deseo que quienes se dedican a la profesión médica y de enfermería lo hagan con entusiasmo y disponibilidad generosa, y ruego al Dueño de la mies que envíe numerosos y santos obreros a trabajar en el vasto campo de la salud, tan importante para el anuncio y el testimonio del Evangelio. (1995).

Los lechos de los enfermos: santuarios...

Cada día me dirijo espiritualmente en peregrinación a los hospitales y a los centros sanitarios, donde viven personas de toda edad y de toda clase social. Sobre todo, quisiera detenerme al lado de los enfermos hospitalizados, de sus familiares y del personal sanitario. Esos lugares son una especie de santuarios, en los que las personas participan en el misterio pascual de Cristo. Allí, incluso los más distraídos se ven impulsados a interrogarse acerca de su existencia y su significado, y acerca del porqué del mal, del sufrimiento y de la muerte... Precisamente por eso es importante que en esos centros nunca falte la presencia cualificada y significativa de los creyentes. (2001).

Para una nueva evangelización

Los hospitales, los centros para enfermos o ancianos, y cualquier casa donde se acoge a personas que sufren, constituyen ámbitos privilegiados de la nueva evangelización; por eso precisamente allí ha de resonar el mensaje del Evangelio, portador de esperanza. Sólo Jesús, el divino samaritano, es para todo ser humano que busca paz y salvación la respuesta plenamente satisfactoria a las expectativas más profundas. Cristo es el Salvador de todo hombre y de todo el hombre. Por eso, la Iglesia no se cansa de anunciarlo, para que el mundo de la enfermedad y la búsqueda de la salud sean vivificados por su luz. (2001).

La bendición del Papa

Quisiera encontrarme con cada uno de ustedes, que están dispersos en toda la tierra, para bendecirles, en el nombre del Señor Jesús, que pasó "*haciendo el bien y curando*" a los

enfermos (*Hch* 10, 38). Quisiera poder estar junto a ustedes para consolar sus penas, sostener su ánimo y alimentar su esperanza, a fin de que cada uno sepa hacer de sí mismo un don de amor a Cristo para el bien de la Iglesia y del mundo. (1994).

La presencia de la Virgen María

«No te preocupes por esta enfermedad ni por ninguna otra desgracia. ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y mi amparo? ¿No soy yo tu salud?». El humilde indígena Juan Diego de Cuautitlán escuchó estas palabras de los labios de la santísima Virgen, en diciembre de 1531, al pie de la colina de Tepeyac, hoy llamada Guadalupe, después de haber implorado la curación de un pariente. (1996).

A ella, Salud de los enfermos y Reina de la paz, le encomiendo a los enfermos y a cuantos están cerca de ellos, para que con su intercesión materna les ayude a ser propagadores de la civilización del amor. (2000).